

Fernando Devoto y Nora Pagano (editores)

La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay

Buenos Aires, Biblos, 2005, 217 páginas

Entre los logros que la estabilización de un campo académico de estudios históricos trajo consigo en la Argentina de las dos últimas décadas, un renglón no despreciable lo representa la empresa que de un modo más sistemático que algunos antecedentes del pasado ha explorado los alcances de una historia de la historiografía argentina. Fernando Devoto y Nora Pagano –junto a otros nombres, entre los que no puede dejar de mencionarse el de Alejandro Cattaruzza– han sido impulsores sostenidos de esa iniciativa, que ha cristalizado en publicaciones y espacios institucionales de investigación y docencia. El libro que ahora Devoto y Pagano presentan como compiladores debe leerse por lo tanto como un capítulo más dentro de ese esfuerzo.

Ahora bien, si tanto el espíritu que anima el volumen como el conjunto de contribuciones que lo conforma se colocan entonces en la senda de los trabajos anteriormente promovidos por Devoto y sus colaboradores, desde el mismo título del libro es posible percibir una novedad: distanciándose del sesgo institucionalista que presidía algunos de esos trabajos –en el sentido de una mirada circunscripta al estudio de ciertas instituciones dedicadas al quehacer historiográfico o al repaso de sus publicaciones–,¹

aquí en cambio la totalidad de los textos reunidos se haya atravesada por el problema de la relación entre la actividad historiográfica y los imaginarios políticos y sociales que, de modos diversos, la alimentaron y afectaron su conformación. Esa apertura hacia otras dimensiones del discurso histórico, que en el libro se presenta de un modo general bajo el sintagma “historiografía militante”, puede ser pensada como un movimiento en sintonía con la propuesta de una historia de la historiografía como la reclamada hace unos años por Alejandro Cattaruzza: una que no se limite al estudio de la comunidad de profesionales o cultores de la historia en tanto disciplina, sino que incorpore esa perspectiva dentro de una más amplia interrogación de la pluralidad de formas en que una sociedad construye sentido acerca de su pasado.²

Con todo, el modo en que se aborda la relación entre historia y política –que de eso se trataría considerablemente en cada uno de los artículos que da forma al libro. Aun cuando todos ellos, incluidos los tres textos dedicados a la historiografía uruguaya, se ubican en el período que va de la caída del peronismo en 1955 al retorno de la democracia en 1983, su heterogeneidad temática y de enfoque torna complicado extenderse en consideraciones generales. En

virtud de ello, en lo que sigue nos vemos obligados a comentar, ya sea brevemente, cada texto en particular.

El libro se compone de diez artículos. El revisionismo histórico, uno de los objetos predilectos de los análisis historiográficos de los últimos veinte años, da tema a dos de ellos. En primer término, Julio Stortini reconstruye los distintos momentos y debates del periplo del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”, bastión del primer revisionismo, entre 1955 y su cierre en 1971. Su trabajo rastrea las querellas ideológicas provenientes del choque entre los exponentes de ese revisionismo de derecha más clásico, y algunos motivos del que desde la izquierda venía hegemonizando crecientemente en esos años el debate sobre el pasado argentino. Así, Stortini muestra cómo en el propio seno del Instituto se discute acerca de la emergencia de un segundo –para usar la figura de Halperin– “polo de positividad”

¹ Véanse por ejemplo algunos (ciertamente no todos) de los trabajos presentes en Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, 2 vols., Buenos Aires, CEAL, 1993 y 1994.

² Alejandro Cattaruzza, “Por una historia de la historia”, en A. Cattaruzza y Alejandro Eujanián, *Políticas de la Historia*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

del pasado evocado por el revisionismo: ya no el rosismo, sino el que encarnan los caudillos del interior tenidos como líderes populares de masas, como Felipe Varela. Otro tema novedoso en la agenda revisionista será el de la Guerra del Paraguay, foco también de acendradas polémicas. En suma, son esos debates los que dan al Instituto –en el que conviven desde ex Tacuaras hasta Eduardo L. Duhalde y Rodolfo Ortega Peña– nueva vitalidad a fines de los años de 1960, pero también los que generan colisiones que lo vuelven insostenible, hasta precipitar su clausura poco tiempo después. Una mención especial, por tratarse de un hecho que contribuye a elucidar los mecanismos de popularización del discurso revisionista, merece el lugar que el autor dedica a aquellas prácticas culturales del Instituto destinadas a difundir sus motivos, en particular las ligadas a la promoción del folklore.

Fernando Devoto, por su parte, elige arrancar un paso más atrás para cuestionar la unidad misma de aquello que el consenso historiográfico tiende a agrupar bajo el nombre de revisionismo. Cultor eximio de los matices, Devoto hace gala de un aventajado conocimiento de los meandros de las obras, las trayectorias y las relaciones políticas (y hasta personales) de los historiadores usualmente inscriptos en esa corriente. Un examen de esos elementos le permite destejer la trama del revisionismo para, en debate con Halperin, mostrar las dificultades de pensar en términos de continuidad (o de

una tradición que responde a un tronco común) el revisionismo que va de los hermanos Irazusta a la izquierda nacional. Por citar sólo un caso, Devoto muestra cómo el Rodolfo Puiggrós de los años de 1950 y 1960 sigue preso de los presupuestos de la historiografía comunista que el revisionismo repudiaba. Precisamente, si un señalamiento puede hacerse a Devoto es que, atendiendo a su propia estrategia, no es igualmente cuidadoso de los matices en el interior de lo que llama “izquierda nacional”. Así, al referirse a ella coloca bajo ese signo tanto a Jauretche como a Abelardo Ramos, y deja sin tratar a una figura explícitamente inscripta en esa corriente política como la del joven Ernesto Laclau. Este caso resulta interesante puesto que Laclau participa tanto de los puntos de vista del partido liderado por Ramos como de la renovación historiográfica encabezada por José Luis Romero, ofreciendo así un desmentido a la creencia en la inexorable tensión negativa entre historiografía académica y militancia.

Otros dos trabajos emprenden la tarea, bastante menos desarrollada hasta aquí, de acometer lo sucedido ya no sólo en la historiografía sino en el conjunto de las ciencias sociales tras el golpe de 1976. En su breve texto, Nora Pagano trabaja con el modelo implícito de una *shadow university* que se habría configurado en tiempos de la dictadura para ofrecerse luego como relevo en la refundación de la Universidad una vez retornada la democracia. Pagano estudia tanto los centros de

investigación privados, financiados con dinero del exterior (CEDES, CISEA, IDES, entre otros), como el espacio ofrecido por la revista *Punto de Vista* desde 1978 como laboratorio de procesamiento de innovaciones teóricas respecto del archivo categorial heredado de las tradiciones de izquierda. Ambos espacios, pensados menos como lugares de resistencia que como usinas de renovación cultural, en su mirada sentarán las bases para el renacimiento de la Universidad democrática.

Cecilia Lesgart enfoca una temática muy próxima, aunque en un registro distinto, en un trabajo titulado “Itinerarios conceptuales hacia la democracia. Una tendencia de la izquierda intelectual argentina en el exilio mexicano”. Su aproximación se pliega a otras que han comenzado a explorar ese relevante capítulo de la historia intelectual argentina reciente que puede enunciarse a través del ya célebre nombre de “crisis del marxismo”. En efecto, Lesgart hace una pormenorizada elucidación de las categorías que se incorporan a la arena del debate intelectual en los inicios de la década de 1980 –en polémica con la que comienza a verse como “izquierda ortodoxa”– entre los que puede aquí citarse la noción de “orden democrático” (despojado de la connotación negativa que ambos términos guardaban hasta entonces para las izquierdas), así como el rescate de aspectos de las tradiciones contractualista y liberal. Aunque un problema del trabajo reside en la ausencia de una delimitación clara de los núcleos intelectuales que

constituyen su objeto (y así, en la discusión conceptual por momentos se producen saltos entre espacios de exiliados en México, intelectuales que no se exilian allí y otros ni siquiera argentinos sino enrolados en el eurocomunismo), no es difícil reconocer que son las líneas de pensamiento que habrían de converger en el Club de Cultura Socialista las que retienen su atención. Sobre el terreno más rico del texto, el de orden conceptual, puede hacerse una observación. En su artículo, Lesgart se recuesta acaso excesivamente en los usos de Gramsci, que efectivamente fueron centrales en la reconsideración de la democracia en la franja intelectual que estudia. Sin embargo, si esa influencia no puede minusvalorarse, hay otras que no reciben en su mirada la misma atención. Basta pensar en la obra de Michel Foucault, que, como ha relatado Oscar Terán, fue en su caso decisiva a la hora de operarse la crisis del marxismo en la coyuntura intelectual vivenciada en el exilio mexicano.³

La presencia de tres artículos dedicados al análisis de aspectos del imaginario histórico uruguayo no debe sorprender, si atendemos a colaboraciones anteriores de historiadores de ese país en emprendimientos liderados por Devoto, en un hecho que testimonia su constante énfasis en cultivar redes y promover iniciativas a escala transnacional. Dos de esos artículos exhiben el vigor de algunos motivos del imaginario revisionista y nacional-popular presentes en las representaciones del pasado del

conjunto de las fuerzas políticas uruguayas. En el primero de ellos, Laura Reali ofrece un mapeo de los avatares de las sucesivas imágenes históricas de blancos y colorados sobre el caudillo Manuel Oribe, para concluir reflexionando sobre los debates en torno a la erección de una estatua en su homenaje en 1961. Pero ese imaginario nacional-popular no fue exclusivo de los partidos uruguayos tradicionales. En otro artículo, Alex Borucki y Cecilia Robilotti reconstruyen las formas y los motivos presentes en el discurso histórico neopartidista que acompañó y sostuvo el surgimiento del Frente Amplio en 1971. Resulta interesante en este texto el modo en que se estudian los denominados “operadores culturales” (una serie diversa de prácticas de difusión de ese imaginario histórico), que permiten percibir el extendido alcance de los esquemas caros a las tradiciones nacional-populares en una agrupación de izquierda como el Frente Amplio. Finalmente, en el artículo que con más propiedad atiende al planteo sugerido en el título del libro, Carlos Zubillaga reconstruye los avatares de la renovación historiográfica uruguaya iniciada en la década de 1950, en la que varios de sus impulsores procuraron colocarse, a un tiempo, bajo la doble demanda del rigor científico y el compromiso político.

Completan el volumen un breve texto de Eduardo Hourcade que revisita *Revolución y Guerra*, de Halperin, para conjeturar acerca de los diálogos

implícitos de ese texto no sólo con la historiografía argentina sino con la internacional; un artículo de Martha Rodríguez dedicado a Roberto Etchepareborda y su intento de conjurar las antinomias historiográficas entre liberales y revisionistas en la Argentina posterior a 1955, sin por ello renunciar al ejercicio de una historia que se quiere a la vez científicamente fundada y políticamente comprometida; y, finalmente, una reconsideración de los supuestos político-filosóficos que subtienden la obra de Milcíades Peña, a cargo de Omar Acha.

Este sucinto repaso permite señalar que no todos los artículos del volumen se colocan bajo el campo de interrogación común que sería posible deducir de su título. Y es que ese título parece tener un sentido más comprensivo que problemático (en el viejo significado althusseriano del término). Ello no impide concluir que los textos reunidos en este libro amplían significativamente el conocimiento de la historia de las complejas relaciones entre las representaciones del pasado y sus usos políticos en la Argentina y el Uruguay de la segunda mitad del siglo XX.

Martín Bergel

UBA

³ Véase la entrevista a Oscar Terán realizada por Roy Hora y Javier Trímboli en *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, especialmente las pp. 66-67.